

CRISIS DE IDENTIDAD. LA DERECHA EN LOS SESENTA: LA FUNDACION DEL PARTIDO NACIONAL

MARCO A. FERNÁNDEZ U.*

INTRODUCCION

Por qué las crisis de identidad nos aterran tanto, de tal forma que parecen que no fueran parte de la propia existencia, ya que son parte del mismo proceso evolutivo que nos tiene aquí. Sin embargo, el terror es tal que nos paraliza y sólo nos permite movernos para escapar de la terrible pesadilla que nos tiene sumido.

Quizás sea por esto que existen dos formas generales de entender la identidad, la primera como un proceso en el cual la valorización, formas de adscripción y de rechazo van evolucionando hacia formas más complejas: conciencia de pertenencia, valoración de la pertenencia y emociones concomitantes.

Este concepto se basa sobre los siguientes supuestos; la identidad es la resultante de una sumatoria dinámica (proceso) y por lo tanto el enfrentamiento de los distintos sujetos sociales, al interior de ésta, es vista como parte y motor de la evolución de dicha identidad. De este modo las crisis sólo serían la constatación de la transformación mediante la fusión o fisión de las fuerzas sociales que arman y desatan alianzas que dominan dicha identidad. Con lo cual la identidad no sería más que la cristalización de la hegemonía de un Estado, clase o sector social¹.

La segunda se refiere a una situación estática, sin movimiento y rígido por definición, es donde se desarrolla el *statu quo*, la dominación tribal o la hegemonía en los estados modernos. Donde la pertenencia a un determinado grupo se da por una agregación de valores, tales como la patria, tradiciones y componentes étnicos².

Esta definición tiene la particularidad de reflejar fielmente la percepción de los actores sociales que son parte de la alianza que sostiene la hegemonía, la cual en términos políticos se conceptualiza como *statu quo*. Ya sea porque las fuerzas originales (alianza fundadora) aún están presentes en los dispositivos sociales normativos, mediante el disciplinamiento social del cuerpo (terror) o la legitimidad

*Académico de la Universidad de Chile.

¹Este tipo de definición de identidad ha sido desarrollado fuertemente por la lingüística, donde la hegemonía se demostraría (concretiza) con signos lingüísticos generales capaces de unir a diferentes significantes, de este modo, signos tales como patria, nación, Estado y clase, cumplen esta función. Midiéndose la capacidad de un sistema ideológico en función de su capacidad de llenar de significancia a los signos lingüísticos particulares.

²Sill, David, "Identidad", en *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, vol. 6, Madrid, Ed. Aguilar, 1975, pp 586-590. Piaget, Jean, *Epistemología de la identidad*. Bs. Aires, Ed. Paidós, 1971, cap. 2.

por su saber (ideología). Otra forma de mantener la hegemonía sería mediante las fuerzas de inercia ancladas principalmente en el sistema normativo institucional.

Ambas formas de mantener la hegemonía suponen la presencia de una identidad social capaz de transmitir sus cualidades a una más compleja y desde ahí hegemonizar a las otras identidades sociales existentes. Esta se presenta como identidad nacional a partir de una identidad capaz de contener a otras identidades sociales, constituyéndose en fundamento de la legitimidad de la identidad nacional y concretándose en un sistema normativo: el Estado-nación³.

De ambas definiciones de identidad se presenta una conceptualización distinta de una crisis de identidad, ya que en la primera, las crisis son parte de un proceso evolutivo nunca acabado, dinámico, en donde las connotaciones de valor asociadas a dicha pertenencia van cambiando con el correr del tiempo y de la introducción de nuevos elementos, tales como los tecnológicos —televisión y radio— o culturales: tradicionalismo y modernidad, y últimamente el posmodernismo⁴.

En la segunda definición, las crisis suponen algo más, ya sea que la identidad está asociada a modelos concretos de hegemonía o dominación, donde la identidad cumple el rol de suscribir a un mito legitimante que explica el origen de un grupo social y por lo tanto de quienes cumplen los atributos asociados a dicho mito, por así decirlo: patriotas y antipatriotas.

Nosotros utilizaremos como referente la segunda definición, ya que nos permite visualizar de mejor forma la crisis al interior de la hegemonía y a la vez historizarla como proceso. De este modo entenderemos el proceso en el cual se encuentra la derecha en Chile, y que da cuenta de la posición de ésta en la alianza hegemónica y su posterior despliegue estratégico para mantenerse en dicha alianza.

Apoyándonos en los siguientes supuestos investigativos, que si bien son constituidos a priori, no invalidan la investigación en sí misma, ya que lo que se debe probar es la hipótesis. A saber: que durante este siglo nos encontramos en una etapa de transición desde un modelo de alianza originaria, que denominaremos identidad tradicional, a una que es la resultante de una realianza, mediante la incorporación o reincorporación de fuerzas sociales ya sea como producto de una fusión o fisión, que denominaremos identidad nacional, donde los cambios culturales, políticos y sociales dan cuenta de dicho proceso.

De esto se infiere lo siguiente: quien dominaba sin contrapeso el modelo tradicional pasa a perder paulatinamente parte de este poder, ya que debe compartirlo para mantenerse en la alianza hegemónica.

INTRODUCCION A LA INVESTIGACION

Entonces, ¿por qué la derecha en los sesenta careció de un programa para mantenerse en dicha alianza, mediante una fusión con nuevos actores sociales, como estrategia de largo plazo que le asegurara su permanencia y optó por una estrategia de corto plazo y de resultado incierto?

A simple vista, pareciera ser que su apuesta fue recuperar la votación perdida, como una forma de acumular fuerzas para enfrentarse con los polos reformistas, a través de la vía institucional. Como forma de escamotear sus contradicciones internas entre democracia y desarrollo económico y entre mantener el orden y participación social. Contradicciones que a la larga se reflejará en términos estratégicos, en la disyuntiva entre una fusión o una fisión con las fuerzas sociales en ascenso.

³Flisfisch, Angel, "Modelos de recepción de identidades políticas", *Materiales de discusión* N° 31, Stgo., FLACSO-Chile, 1982.

⁴Grinberg, León, *Identidad y cambio*. Barcelona, Ed. Paidós, 1980.

O de otra forma: la pérdida paulatina de la hegemonía cultural, social y política será la causa de la crisis de identidad de la derecha en los sesenta. Y finalmente, será esto lo que determinará el contenido de la fundación del Partido Nacional, como su forma de superar la contingencia en la cual se encuentra.

En realidad éste es el supuesto sobre el cual se afirma la proposición que debemos probar, nuestra explicación tentativa. Que en términos más generales la podemos sintetizar de esta forma:

Un sujeto produce un proyecto como una apuesta para superar la contingencia, la cual está enmarcada por las estructuras sociales, donde participan los sujetos de una forma tal en que su intencionalidad se realiza dentro de ciertas coordenadas, lecturas e interacciones con otros.

Donde dicha intervención (apuesta) tiene como finalidad superar la contingencia, la cual adquiere sentido desde una lectura más profunda como la clase de identidad (cristalización de la hegemonía) o de coordenadas de acción (el sentido de la estrategia).

Este supuesto dará forma a nuestra hipótesis de trabajo: asistimos a una crisis de representación de la derecha, o de una crisis de identidad.

De esta forma, logramos historizar al sujeto, es decir situarlo frente a una disyuntiva que supone una lectura sobre sí mismo y el "mundo" que lo rodea y una estrategia como superación de su contingencia. Lo cual supone, en términos más generales, lo siguiente: el sujeto se hace histórico cuando éste interviene sobre las estructuras de diversas formas, ya sea como reproductores del sistema, adaptación a nuevas condiciones o revolucionando el sistema, generando intervenciones en contra de la reproducción o ajuste.

Cualquiera de éstas genera procesos en contra de las inercias (*statu quo*), y ésa es una paradoja, ya que, por más que se pretenda afirmar las inercias, siempre hay un cambio.

El Partido Nacional fue parte de esto, y es esto lo que pretendemos probar con su estrategia hacia los nuevos actores sociopolíticos que intervienen, ya sea apoyándola en la implementación de su estrategia defensiva o siendo parte de su alianza.

De esta forma, nuestro segundo supuesto es que la derecha se asume como sujeto histórico cuando actúa como tal, no a través de su representación política, los partidos, sino desde donde confluyen sus intereses y demandas, sus necesidades y pasiones, su adscripción como clase. Mediante un discurso que tiene una estrategia que no siempre se muestra sobre la alfombra, también en los sótanos de la democracia, es decir: las intervenciones de los actores frente a las estructuras sociales, ya sea de representación política o no, donde se manifiestan los sistemas que lo constituyen, y que definen el campo de su práctica. La cual se puede visualizar de mejor forma en un momento crítico para ella, la crisis de representatividad política en los sesenta. La cual es un síntoma de los cambios mayores de más largo aliento, que producen en la sociedad chilena, que producen a la larga su crisis de hegemonía y que tiene como su sintomatología más dominante: la crisis de identidad.

La nueva alianza socio-política: el Partido Nacional, 1966-1968

En particular, el Partido Nacional desplegó toda su capacidad discursiva en captar a los nuevos actores político-sociales (jóvenes, mujeres, campesinos y estudiantes, en ese orden), más que nada, porque sabía que necesitaba de mayor adhesión a sus ideales para mantener su estrategia política, que por afán de incorporación social, y más ahora en esta hora urgente.

Así aparecerán los nuevos actores, los que a veces por la fuerza intentaban ser aceptados y legitimados, después de haberse mantenido por largo tiempo en la trastienda del poder. Sin embargo, dicha estadía marcó una huella en la mentalidad de estos nuevos actores incorporados: nos referimos a los grupos corporativistas y nacionalistas.

Debido a los lazos sociales que tenían con la derecha, en el plano de la alta cultura mesocrática, los profesionales que habían sido educados en las mismas aulas universitarias, habían aceptado y asimilado

las pautas de sociabilidad del grupo que se ve a sí mismo como un ejemplo a seguir. Sin embargo, estos nuevos actores no sólo aspiran a reordenar su situación dentro de la sociedad en los sesenta, el blanqueo de los antecedentes, sino que también en la historia del país.

"A ella (la clase media) se incorporan constantemente otros actores... los aristócratas decadentes que no han sido capaces de conservar la situación que tuvieron sus antepasados, y (que) buscan hoy el desquite y predicán la venganza. Al partido no le interesa representar a este último grupo, sino a la gente de esfuerzo y trabajo"⁵.

Las nuevas ideas que defenderán a Occidente en los sesenta se pueden encontrar en los medios de comunicación a través de los líderes de opinión, tanto políticos como económicos, ya que es en la prensa escrita y radial donde la cotidianidad de la política contingente deja paso a la especulación y a la reflexión.

En lo social, supuso elaborar la identidad de los sujetos en función de una de mayor tamaño y densidad, "el nuevo ladrillo", el cual tendrá sus fuentes ya no en las ideas de la memoria histórica, sino en el mito fundante. Para eso se requerirá de una fuerza ordenadora, la cual se encuentra fuera del circuito de la política formal, ya que la continuidad del proyecto tradicional de la hegemonía social y cultural se mostraba como inviable, al ser cuestionado, por lo cual debía ser cambiado por uno que abarcara a toda la sociedad, reformulándola y reorganizándola en función de dicho proyecto.

Para esto se requerirá de nuevas pautas de definición y de acentos en ciertos componentes de dicha hegemonía, las cuales se encuentran también en los sesenta, pero con una distinción: ya están a caballo de los setenta, haciéndose vital el problema del tiempo.

La composición de la directiva

Esta directiva debería representar las tendencias y los cambios al interior de la subcultura, producto de la coyuntura crítica a la cual ya nos referimos más arriba. Con todo, la nueva directiva mantiene el 52% de sus miembros como provenientes de colegios particulares, un número bajo si se compara con los guarismos de la década (un promedio por sobre el 60% de los parlamentarios de los partidos tradicionales), pero todavía por sobre la media a nivel de representación parlamentaria que está bajo el 50% y qué decir a nivel nacional. Con lo cual, la derecha mantiene sus características de elite durante este periodo: más que apertura lo que hubo fue un cierre de filas.

Por otra parte, el 78% de sus dirigentes mantienen actividades privadas, con un 27% de ellos dedicados a la actividad agrícola, pero sólo el 22% del total de los dirigentes del partido tiene en el periodo de fundación un directivo en la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), similar al 21 % del promedio de la década, aunque debemos destacar que durante el periodo 67-69, el presidente de la SNA era miembro de la directiva general del partido. En contraste, el 45% de los dirigentes pertenecían a algún directorio de una empresa privada, lo cual es una baja con respecto al promedio de los parlamentarios, el cual se empujaba por sobre el 57%.

Sin embargo, lo que más llama la atención es la ausencia de dirigentes políticos que sean a su vez directores de la SOFOFA durante la fundación del partido, debido a que el promedio para la década es de 21,3% para los parlamentarios en ese doble papel.

Donde sí se notan los cambios es en el alto porcentaje de abogados que trabajan por su cuenta, alrededor de 28%, y sobre todo que la mayoría de éstos provienen de los nuevos sectores, por ejemplo, nacionalistas. Por otra parte, el 22% de los miembros de la directiva del partido pertenecen al "Club de

⁵*El Mercurio*, editorial, "Pérdida de trascendencia nacional", 27 de junio de 1966, p 3.

la Unión", lugar de encuentro de la plutocracia nacional, muy similar al porcentaje de miembros de la SNA.

En cuanto a la educación universitaria, el 96% de sus miembros la tuvo, pero con una variación en sus alma mater, ya que el 64% pertenece a la Universidad de Chile, engrosada por el alto número de egresados de su Escuela de Derecho. En total, los abogados en la directiva del partido son de 82% en contraste con el exiguo 6% de ingenieros civiles, lo cual se contrapone notablemente con el alto porcentaje de miembros de directorios de empresas, lo que nos indica que el grueso de aquellos directorios estaba compuesto por abogados y no necesariamente por especialistas en materia económica, quizás porque en la época se requería más de un buen abogado que de un buen gerente para tener éxito empresarial.

Por otra parte, sólo el 12% tenía alguna ligazón con el mundo agrícola como profesión, en contraste con el 27% de quienes efectivamente tenían a este sector productivo como fuente de sus ingresos.

Por último, es significativo el porcentaje de dirigentes con alguna experiencia política, ya sea a nivel de directiva o de algún cargo de representación parlamentaria, con el 60% de los dirigentes del nuevo partido, en contraste el 40% restante no tiene experiencia política, de los cuales el grueso son abogados.

En la conformación de la directiva del Partido Nacional sólo destacan los cambios en el mundo profesional, pero no en la alianza entre empresarios y políticos, la cual se mantiene. La sobrerepresentación política del mundo agrícola por sobre el mundo industrial-urbano persiste, lo cual explica el impacto de la "Reforma Agraria" en la formulación de la estrategia partidista. La permanencia del porcentaje de miembros del Club de la Unión, como un elemento de sociabilidad importante, implica que sigue siendo el lugar de encuentro de las clases acomodadas del país durante la década.

En contraste, los cambios a nivel de procedencia escolar de los dirigentes del partido muestran un paulatino aumento de egresados de liceos fiscales, confirmando la tendencia nacional del sistema político. La participación de egresados del sistema estatal de educación supone la ampliación de la subcultura hacia estratos sociales que recientemente habían accedido al éxito económico y al prestigio social y buscaban la incorporación individual, sin embargo, sólo Sergio Jarpa intentará incorporar a los "hombres de trabajo" como categoría social de la derecha, pero ya muy cerca de la elección presidencial del '70.

La directiva y los nuevos equilibrios entre los actores

Los "nacionales" no serán una simple mixtura de los antiguos y tradicionales partidos a través de los cuales la derecha se representa en el sistema de partidos, sino algo más que eso, es el *ethos* de una parte de la sociedad que se refunde con nuevos elementos, incorporando a regañadientes a los elementos sociales provenientes de la clase media profesional y de la burocracia estatal (los favorecidos por la meritocracia), dentro de un clima dilatado como en la década de los sesenta, donde todo parece correr más rápido.

La realidad sirve como telón de fondo de una explicación histórica, capaz de aglutinar a los nuevos y viejos actores de la derecha, la que debe mantener un significado, no tan sólo para los antiguos liberales y conservadores, sino que a los nuevos actores, tales como los empresarios, la clase media urbana y el mundo militar. Surge la explicación de la crisis de identidad como sinónimo de decadencia del espíritu nacional (idea aportada por los sectores provenientes de Acción Nacional: los nacionalistas de Estanquero y Prat) y la desunión.

La respuesta del curandero al mal de la época vendrá en la misma clave que la del diagnóstico: la cura que ofrecerán a la inflación ideológica será el reencuentro con su identidad, su destino, lo cual supondrá finalmente la legitimidad de un discurso (sobre todo en lo económico-social).

En primer lugar, la apelación a la clase media como actor social relevante en la historia del país, ya sea por parte de los dirigentes del nuevo conglomerado, principalmente de los que provenían de Acción Nacional. Sumándose Arturo Fontaine Aldunate a la sazón redactor de "La semana política" de *El Mercurio* y adherente al nacionalismo. Con lo cual esta tendencia adquirió un apoyo inusitado con respecto a su grado de inserción en el sistema de partidos de subcultura de la derecha, gracias al poder de los medios de comunicación, y que denotaba un cambio de giro en el "estilo mercurial", apoyando al nuevo conglomerado⁶.

En segundo lugar, el tema de la propiedad privada, sobre el cual se reordena la alianza sociopolítica, que adquirirá con el tiempo la equivalencia de un principio emblemático, la cual se manifestará frente al proceso de Reforma Agraria que planteaba el Gobierno demócratacristiano, que fue el "no pasarán" de la guerra civil española trasplantado a los campos chilenos.

Este aglutinará a todos los miembros de la subcultura en un solo bloque defensivo, la alianza entre los empresarios y los políticos, teniendo como medio de difusión la redacción de "La semana económica" de *El Mercurio*, ya en manos de los ex alumnos de postgrado de Chicago y "La semana política" del mismo diario posteriormente.

Con todo, esta alianza conformará un grupo homogéneo en la defensa de sus intereses, su propiedad privada. Ya que los últimos (los Chicago boys) incorporarán una batería conceptual que significará una renovación en los principios liberales clásicos, y por ende un reforzamiento en la defensa de la propiedad privada, pero que, sin embargo, no se extenderá hacia la sociedad política, en cuanto a reforzar los principios que sustentaba la democracia liberal, es decir, no planteaban desfondar los conceptos que sustentan la hegemonía cultural y social de la subcultura: el *statu quo*, tan contrario al mercado libre y dinámico de valores y principios, y de las enseñanzas de los maestros de Chicago⁷.

El Partido Nacional y sus principales problemas

Ahora debemos preguntarnos sobre los elementos políticos que constituyen su acción organizada, los cuales constituirán la estrategia con la cual recuperarán la identidad perdida.

El primer problema, el más obvio y urgente es el tiempo, ya que lo que es posible en política depende del tiempo disponible, de nuestra disposición sobre él y poder diseñar la agenda político-temática del país. Si un actor político no logra producir una continuidad temporal tampoco podrá constituir una identidad colectiva, he ahí el drama del Partido Nacional en los sesenta: para implementar su proyecto político debía recuperar su poder político-electoral primero⁸.

⁶Soto. Angel, "El Mercurio y la difusión del pensamiento político y económico liberal (1955-1970)", Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile, Stgo., 1993.

⁷Para revisar este aserto en el plano teórico sugiero ver los escritos de Milton Friedman y de Friedrich von Hayeck de fines de los sesenta y principios de los setenta (las ponencias de la Sociedad Mont Pelerin), sobre todo en lo referente a la libertad individual (legalización de la marihuana en los '60), como al relativismo cultural que plantea Von Hayeck, ya que al tener todos los individuos derechos iguales no hay un individuo con todos los derechos (dictadura) ni un grupo social por sobre el resto (colectivismo). Donde la democracia es la manifestación de los principios del mercado en el plano político, criticando la llamada democracia ilimitada, y por ende la superioridad del liberalismo sobre el socialismo, ya que el último pretende un modelo estático de sociedad en contraposición a una sociedad dinámica como la liberal.

⁸"Hemos perdido la calidad de 'sujetos' de la historia para asumir el pobre papel de 'objetos' de la misma... estamos anclados en el tiempo". Partido Nacional, *La nueva república*, Imprenta Planet. Stgo. 1970, p 19.

El segundo, la "inflación ideológica" pudo haber sido una respuesta a la amenaza que suponían los procesos de modernización de distinto signo en los '50 y en los '60. La amenaza de la disolución de la identidad, trajo consigo la necesidad de la búsqueda de una visión capaz de unificar y de dar significado. Este intento por dar una respuesta implica además la sacralización de los principios políticos y su posterior cristalización en consignas. Esto tiene un doble efecto, en el orden interno la cohesión de las identidades colectivas y en lo externo el precio de ésta, la rigidez, la intransigencia en las negociaciones estratégicas, la pureza temiendo a la contaminación:

Para enfrentar este desafío era necesario y urgente crear una nueva fuerza política, ... que pudiera contener el derrumbe o servir de ciudadela, dentro de la cual organizar la resistencia y, luego, la liberación⁹.

El tercer problema es cómo aglutinar a toda la nación detrás de la noción de unidad, como eje articulador de la identidad nacional, el cual se tornará significativo e incluso, potencialmente capaz de darle la capacidad de sumar nuevos votantes a esta identidad colectiva. La unidad es el paso previo "al más allá", que se requiere ahora, no tan sólo un eje articulador del actor social y político específico, sino que se extrapola a toda la sociedad y, por ende, a quien dirija el proceso de unidad de la sociedad, visto la más de las veces como un chato y simplón imponer el orden y disciplinamiento social. Así se cumple el doble efecto de legitimar al colectivo como "el actor dirigente" del proceso y de la sociedad en su conjunto.

Debido a que la identidad nacional sucumbe al vértigo de la inflación ideológica presente en los '60, los diferentes componentes de éstas se muestran aislados, desconectados, sin una secuencia coherente capaz de darle significado, con los actores sociales y políticos que se muestran irresolutos frente al novedoso panorama de los sesenta. Es la oportunidad de cambiar la historia para algunos, de reciclar el mito fundante para otros y de legitimizar a la clase dirigente con una nueva proyección para todos.

Las ideas fuerza del Partido Nacional

En este capítulo veremos las nuevas ideas que sustenta el Partido Nacional, que conformarán la oferta del nuevo partido a los nuevos actores como a los tradicionales y que además logre unirlos a todos en el nuevo conglomerado y en una estrategia común, la cual se consolidará en la década de los '70, desplegándose en toda su magnitud. De este modo veremos la oferta del antimarxismo, del alessandrismo, y de la decadencia como explicación de la coyuntura frente a los electores.

El antimarxismo: la demonización del adversario

La actitud mítica tiende a ver la realidad política como la lucha bipolar entre quienes interpretan el destino y desarrollan su pauta en la historia (los signos de los tiempos), y quienes atentan contra el destino o plantean desviaciones de él, así:

"...Chile debe definirse entre ser fiel a sí mismo, a su tradición de libertad y derecho, a su sentido nacional y a su activa independencia, o caer por el contrario, en la órbita comunista, en el totalitarismo que aplasta al pueblo, esta definición no puede ser eludida por acomodos o cobardías"¹⁰.

El antagonismo se va a constituir en un principio sólo en su accionar político, es decir, en la conducta politizada del sujeto (individuo) o actor político (partido). Sin embargo, como lo político todavía

⁹Jarpa, Sergio, *Creo en Chile*. Stgo., Sociedad Impresora Chile, 1973. p 213.

¹⁰Partido Nacional, *op. cit.*, *La nueva...* p 3.

es parte de lo público, la profundización de esta pugna agonal por una parte y la interpretación de la realidad como un todo por otra, los llevará por rebalse al plano existencial, con la correspondiente tendencia a imputar al adversario político las peores cualidades (antivalores), adquiriendo éste una categoría de demonio, el necesario contrapunto al orden que se defiende (y su profecía) y la concretización en personas de los antivalores contra los cuales se lucha. El adversario encarnará la negación más radical de la unidad, que es la posibilidad de constituir un destino.

Por esta razón, los grados de tolerancia hacia el "otro" serán extremadamente bajos, ya que éste será sinónimo de "demonio" (el marxismo internacional) o bien de herejes: los ingenuos que buscan el diálogo o "amarillos", y por lo tanto quienes se deben destruir por constituir una amenaza al orden alcanzado, ya sea por su acción o por su omisión (sin embargo, la paradoja es que el adversario es necesario para el desarrollo de la profecía y del mito como tal).

Así, la pugna se hace irreductible tanto en la tierra como en el cielo y con enemigos arquetipos, el líder providencial proveerá la imagen contrapuesta, la encarnación del orden existencial, frente a un antagonista con el cual no caben pactos ni componendas porque, en definitiva, es la fuerza de la destrucción y del caos.

La conspiración será el arma del demonio, que ensucia y envenena la cultura mediante la subversión del orden social, mezclando y confundiendo a los sujetos sociales: "(mediante)... el debilitamiento de la fe en el porvenir de Chile como nación independiente. (Esta) acción desquiciadora... ha sometido a los chilenos a una especie de colonialismo mental... (porque) la izquierda ha demostrado un creciente desapego de la realidad y la tradición chilenas". Con lo cual, la purga debe llevarse a cabo para que el organismo social sea nuevamente purificado, ya que lo que está en juego es el destino de la sociedad como nación: (porque) "En todos los países en que el comunismo ha llegado a tener influencia, ha demostrado ser incompatible con la libertad y la dignidad de las personas. Su prédica de odio y enfrentamiento clasista destruye, además, toda posibilidad de unidad nacional"¹¹.

De esta forma el marxismo se convertirá en el demonio de la derecha para este periodo, demonización que potenciará la defensa de los intereses, pero que también rigidizará cualquier postura y, por ende, cualquier intento por negociar una *centente* o coexistencia pacífica será vista como una entrega difícil de aceptar, porque será el signo de la capitulación frente al adversario.

Alessandri: el líder providencial

Este es el lugarteniente de la idea (destino)- es el portador, dotado de cualidades valiosas, singulares y, la mayoría de las veces, excepcionales que lo colocan por sobre los hombres normales, transformándose en superhombre, que encarna las ideas-fuerza.

Así, el "carácter providencial" no bastaba, como en el caso de Jorge Alessandri, para movilizar la plenitud de su potencial electoral, ya que a pesar de su esfuerzo personal, la carencia de una idea-fuerza (en el vocabulario de los actores) lo llevó al sacrificio en las urnas.

De ahí que, según la lectura mítica, la campaña alessandrista sufriera una derrota en la elección presidencial del '70, ya que de lo contrario esto supondría un ataque al mito mismo y a su eficacia como tal, conclusión a la que se llegará años después.

¹¹Jarpa, Sergio, *op. cit.*, *Creo en...* pp 95 y 142.

... con la perspectiva que concede el tiempo, podemos afirmar hoy que la postulación alessandrista estaba condenada al fracaso desde el instante mismo en que jugó su suerte al carácter providencial de que se rodeó al candidato de la fuerza motivante que presta el espíritu nacionalista y de planteamientos dinámicos que movilizan la plenitud de su potencial electoral, el magno esfuerzo personal de don Jorge Alessandri finalizó con su sacrificio en las urnas¹².

La transfiguración de la idea-fuerza (mito) en una fuerza histórica, es decir su concreción en hechos, en términos generales es de larga data. Sin embargo, ésta tiene algunos problemas con su representación concreta, ya que no es continua en el tiempo (debido a su atemporalidad, ya que es una explicación de los hechos y no parte de la realidad empírica), y si tiene esta condición es mediante su incorporación a la política cotidiana (como por ejemplo con la candidatura de Alessandri), con lo cual corre el riesgo de desacralizarse y perder poder simbólico al inmiscuirse en la cotidianidad de la política (bajar del Olimpo al llano). De ahí la importancia de los pliegues (crisis) donde aparecen el Estado portaliano y la unidad nacional.

Así, la nación como voluntad impersonal, se transfigura en nacionalidad, que en este caso se representa mediante el líder providencial, un individuo que se encuentra por sobre el bien y el mal del sistema político, que de por sí tiene cualidades, las cuales sirven como caja de resonancia del ideal, como la austeridad, la cual será de antología en este período.

Sin embargo, este líder potenciado por las cualidades del mito no bastará por sí solo, debido a que subsiste el problema de la continuidad, es decir quién es el intérprete oficial del mito o de otra forma, ¿quién es el líder, Alessandri derrotado en las urnas y en el Congreso pleno o Jarpa el presidente del Partido Nacional?

Esto es particularmente crítico después de la elección presidencial de 1970. Ya que dada su permanencia en el tiempo político (la cotidianidad), pierde la magia de quien baja del Olimpo para ayudar a los mortales, disminuyendo su papel al de un simple portavoz, que se expresa sobre el acontecer: el peligro es ¿qué sucede si "el líder" de tanto representar cotidianamente a la entidad, empieza a equivocarse en sus opiniones o juicios?

La fuerza del líder providencial reside en que es una representación de la entidad (nación), la encarnación de la voluntad de ésta en determinados momentos, lo que da trascendencia al evento, una profundidad que va más allá del orden objetivo o natural de las cosas: "expresado a veces por un partido, a veces encarnado en un hombre"¹³.

Su intervención es extraordinaria, de ahí que el reconocimiento de su intervención es a través de símbolos que se encuentran en la historia, o mejor dicho en su interpretación: (ya que)... "pudo excusarse de participar en una lucha tan dura y que le deparó tantos sinsabores y sacrificios"¹⁴.

Proverbial es la imagen de austeridad como sinónimo de pobreza y no como de tacañería, lo que no es gratuito, ya que el líder encarna valores y no antivalores y por lo tanto todas sus cualidades personales son vistas y resaltadas como virtudes (signos) y no como excesos.

Estos signos, sin embargo, sólo lo hacen elegible para ser el líder, pero faltarán "los signos de los tiempos", sin los cuales su presencia es solamente un buen ejemplo del ideal.

Tales signos son independientes y conforman el contexto sobre el cual se manifiesta el mito, los que lo eligen a él como actor para la concreción del destino, la misión que éste tiene.

¹²Ossa, Juan Luis, *Nacionalismo hoy*, Instituto de Estudios Generales, Stgo., agosto, 1972, p. 32. Lo mismo plantea el presidente del Partido Nacional del período 1968-1973, Jarpa, Sergio, *op. cit.*, *Creo en...*, p. 105.

¹³Jarpa, Sergio, *op. cit.*, p. 74.

¹⁴*Ibidem*, p. 261.

Dichos signos en la Historia de Chile son para un dirigente del partido:

La cesión del territorio patagónico trasandino,...el sensible debilitamiento del núcleo dirigente del país, que, adormecido por la prosperidad fácil que provenía del salitre,... La reforma constitucional de 1925, elaborada a base del concepto presidencialista no fue todo lo profunda que se requería para detener el proceso desintegrador, ... El desconocimiento del papel primordial que desempeñan las Fuerzas Armadas en la supervivencia de Chile como nación,... La excesiva influencia extranjerizante en todas las manifestaciones de la convivencia social,... Sin embargo, el más importante de los factores,... la noción de lucha de clases ... (la cual) exacerba hasta el extremo las sanas tensiones sociales y empuja a unos chilenos en contra de otros, atacando directamente la unidad y la solidaridad nacionales¹⁵.

En síntesis, el debilitamiento del núcleo dirigente del país, el proceso desintegrador del país, la pérdida del destino e independencia del país por una dependencia económica y cultural, son algunos de los signos que conformarán la necesidad de un líder providencial, ahora para la elección presidencial de 1970, la lucha agonal entre el bien y el mal, para la cual se vienen preparando desde mediados de los sesenta.

La decadencia como legitimadora de la acción política del Partido Nacional

Como en toda crisis de identidad, la sensación de pérdida absorbe, sobre todo cuando se tiene conciencia de ella, el espacio vacío se agiganta, inmoviliza y apasiona, es la idea de decadencia que se presenta, ya que:

... se ha dicho que los pueblos tienen existencia histórica cuando viven para cumplir una misión. Si rehuyen el desafío y agotan sus objetivos, comienzan a decaer y finalmente desaparecen. Sin embargo, algunos pueblos recuperan su rol histórico si un nuevo espíritu los impulsa hacia otra misión trascendental¹⁶.

Este "pueblo", que es más que la suma de sus individuos, al introducir un concepto atemporal en su existencia (la misión), donde el presente da espacio al pasado y al futuro en la explicación, constituye, junto a la idea de cambio de época, el primer golpe a la puerta de la posmodernidad, esa idea chata de atemporalidad e incertidumbre¹⁷.

Así, la noción de decadencia una vez internalizada por los actores sociales, cumple el fin específico de explicar lo inexplicable (la pérdida de la misión): la pérdida del sentido de comunidad y de "la

¹⁵Ossa, Juan Luis, *op. cit.*, pp 28-30. Si bien este documento está editado dos años después de la elección, los signos son básicamente los mismos que presenta el Partido Nacional en su programa presidencial de 1969, ya que el autor fue uno de los redactores de dicho documento. Donde hay una crítica al período parlamentario 1891-1925, al proceso económico iniciado en 1939, la pérdida o entrega del poder político de la clase dirigente, etc.

¹⁶Partido Nacional, *op. cit.*, *La nueva...* p 5.

¹⁷Quizás sea esta una parte de la respuesta a la mejor recepción de la posmodernidad de los '80, por parte de los actores sociales que constituyeron una protoideología o que ni siquiera la alcanzaron, ya que presentaron una plasticidad y levedad que no encontraron las "ideologías científicas". Estas se mostraron como duras y densas a la hora de incorporar los cambios políticos a sus baterías ideológicas, frente a lo cual los actores políticos revelaron una escasa capacidad crítica a sus propias herramientas y una escasa tolerancia a la contaminación conceptual (el diálogo y el consenso en cuestiones básicas): el clima de los sesenta en los cuales despliegan su arsenal político va a ser un caldo de cultivo para la intransigencia en el actuar y la intolerancia ideológica de las décadas posteriores.

identidad común", la cual se va a componer de mitos y realidades que se mezclan y conforman un todo, difícil de dividir como un ladrillo, pero fácil de romper con un golpe.

La utopía (la nueva misión) rompe la tensión proponiendo un escape hacia el futuro, apoyado en el pasado mítico (debido a que la memoria es esencialmente frágil), donde los principios y estructuras identitarias son esencialmente prácticos y flexibles. De esta forma, la utopía aparece más bien como una herramienta o un conjunto de ellas para rearmar la identidad nacional.

Sin embargo, la crisis del presente tiene sus raíces en el pasado real del país (el cual, en los años sesenta, está mostrando todas sus contradicciones y está siendo cuestionado ya sea por la renovación historiográfica como por la escuela sociológica marxista), el que había sido escondido bajo la alfombra de la nación, cuando se constituyó como ser histórico.

La decadencia de la nación supuso un cambio de rumbo, un golpe al timón, debido a que: "...Chile padece hoy una crisis generalizada, que se manifiesta en todos los órdenes de la convivencia social...".

Sin embargo, ésta aún no llega al colapso, pero paraliza y aterra. Aún faltan años para que se cumpla la profecía:

...Ninguna iniciativa, ninguna fórmula o programa tendrá éxito sin una previa reconciliación de los chilenos y su posterior unificación y movilización tras un porvenir común...¹⁸

En conclusión: el Partido Nacional, una nueva alianza sociopolítica

Durante este período (1964-1970), la sobreideologización de las subculturas políticas fue lo que permitió la rigidización de los postulados partidistas, sin diálogo intersubcultural, e hizo que funcionaran éstas como compartimentos estancos, sin mestizaje político. Produciéndose así una suerte de xenofobia política, donde los adversarios se encontraban al frente y negando la posibilidad de diálogo con "el otro", en este caso la democracia cristiana y los partidos de izquierda, lo que debilitó a la larga la cultura política del país, la cual mostró toda su debilidad en la década posterior, donde cada subcultura política tenía su propia definición de lo que debía ser la cultura del país.

Entonces, la pregunta sigue siendo pertinente: ¿La incorporación de nuevos sujetos supuso por sí sola la implementación de una nueva estrategia que dé cuenta de este cambio o de otra forma: la presencia de nuevos actores supuso una nueva estrategia.

Nuevos actores, nueva estrategia

Los nuevos electores del Partido Nacional eran sus antiguos aliados, los cuales provenían de los sectores sociales medios urbanos y rurales, lo cual supondrá una alianza sociopolítica de carácter defensivo frente a los cambios que planteaban los programas de Frei y de Allende el '64. Lo anterior resulta sorprendente, ya que la votación de Eduardo Frei fue alta en comparación con las anteriores votaciones presidenciales, pero no debemos olvidar que como terminó la década, los promedios entre la derecha, el centro ascendente (el PDC) y la izquierda se mantuvieron.

Entonces, ¿cómo explicar la alta votación de Frei debido al apoyo de la derecha, la cual vio en la candidatura de Frei las fortalezas que cualquier candidato de su sector no tenía? Todo esto porque el objetivo de dicha candidatura, para la derecha política, era el de: "cerrar el paso al comunismo" y en esta lectura la acompañó "toda" la derecha.

¹⁸Partido Nacional, *op. cit.*, *La nueva...* pp 2 y 7.

Si se busca un denominador común de la mayoría nacional que le dio el voto a la democracia cristiana, podría decirse que éste tiene tres elementos básicos: una decisión de cambios estructurales en lo social y en lo económico; una actitud de franco repudio al comunismo, y un firme deseo de mantener y perfeccionar las libertades ciudadanas¹⁹.

Esto fue reforzado por la postura asumida por los partidos tradicionales con anterioridad a la elección parlamentaria de 1965, los cuales no pudieron conformar una federación de derechas, que podría incluir en su seno a importantes sectores no representados y que se encuentran al margen de los partidos.

Lo anterior topaba con la mentalidad de los dirigentes políticos, ya que suponía actuar con criterios nacionales para la conformación de las listas de candidatos, lo cual tiene otra lectura para los caciques de la derecha, un disciplinamiento difícil de tragar, la superposición de los intereses centrales por sobre los regionales, lo cual no era compatible con el discurso público de éstos —los verdaderos representantes de los intereses reales son los dirigentes de las provincias y no el centralismo santiaguino²⁰.

Así, era difícil conformar una estrategia nacional coherente, que no fuera una simple sumatoria de intereses de caudillos regionales, ya que esto suponía subordinar los intereses a decisiones políticas y las demandas de grupos de electores a las soluciones de los problemas nacionales. Con la elección parlamentaria de 1965, los partidos tradicionales buscaron en la lectura de la derrota en las urnas, una derrota en los métodos. Como respuesta se produjeron la renuncia de la directiva del Partido Liberal, para dejar paso a las nuevas generaciones que presenten nuevas soluciones a los problemas del país y, en contraste, la mantención de la directiva del Partido Conservador. Como se ve, dos formas de enfrentar el problema de la baja representación parlamentaria, lo cual significaba la fisura del sistema de parlamentarización de los problemas.

Entonces, el Partido Nacional surgirá no como producto de la elección presidencial de 1964, sino que verdaderamente en 1966 (con posterioridad a la renovación parcial del Senado y a la totalidad de la Cámara del año anterior) como el intento de unificar en un solo paraguas a los diversos actores políticos presentes en la subcultura. La estrategia defensiva primero y posteriormente, la recuperación del poder estatal en la elección presidencial del setenta, son entendidas como una forma de enfrentar su problema mayor, la crisis en la cual se encontraba.

Pero un nuevo elemento aglutinador apareció en la palestra política, la propiedad privada, producto del mensaje presidencial de Eduardo Frei, el cual se concentró en la Reforma Agraria, lo cual suponía poner en duda una de las vigas maestras del tinglado ideológico de la derecha (clave en la definición de sociedad para la subcultura en su hegemonía), puesto que “nuestro régimen jurídico no puede negar la propiedad privada sin contradecirse a sí mismo”²¹.

La fundación del Partido Nacional en la época fue producto de la lectura de la necesidad de conformar tendencias que constituyan conglomerados del mayor volumen posible y cuyo ideario se reduzca a los temas esenciales que la ciudadanía reclama.

El objetivo del nuevo conglomerado será el de “defender franca y firmemente, en forma moderna, la economía de mercado y la aptitud de éste para el progreso social en un país en vías de desarrollo como el nuestro”²².

¹⁹*El Mercurio*, “La semana política”, 27 de abril de 1965, p. 3.

²⁰*El Mercurio*, 7 de febrero de 1965, p. 23.

²¹*El Mercurio*, “La semana política”, 23 de mayo de 1965, p. 3.

²²*El Mercurio*, 17 de febrero de 1966, p. 15.

Nuevamente, la acción del gobierno moldeará la reacción de la derecha: frente al tema de la Reforma Agraria planteará el de la propiedad privada, articulando una estrategia defensiva de los intereses sobrerrepresentados políticamente del mundo rural de derecha, dejando para un posterior momento la defensa de los intereses del mundo industrial-urbano. Con lo cual, la estrategia será copada por la defensa de los intereses tradicionales de la producción agrícola, dejando de lado las críticas que diez años antes les hiciera, desde la Corporación de la Producción y el Comercio, el ex Presidente Alessandri Rodríguez, sobre su escaso aporte a la producción nacional.

Ahora no sólo estaba en juego una cuestión de principios, sino que también de sobrevivencia. Así, los intereses de los nuevos actores sociales sólo se verán con nitidez representados en la próxima década, en los años setenta, ya sea en la articulación de la estrategia contra el gobierno de la Unidad Popular, como en la implementación del modelo económico y de democracia.

Nueva ideología, nuevas lealtades

Los cambios al interior del corpus doctrinario conformaron, ahora, una oferta ideológica, potente por su capacidad de movilización y de corrosión de los otros elementos doctrinarios, debido a que los reagrupó como un todo explicativo y autorreferente, axiomático y cerrado, sólido como un ladrillo.

Este funcionó como una ideología, con incapacidad de tolerancia, ya que todo está explicado y, por otra parte, era lo que existía en el mercado ciudadano, ya sea desde la izquierda marxista-populista pasando por su vertiente leninista y revolucionaria, como en el centro, donde el PDC acaparaba la oferta reformadora del sistema económico capitalista y del cultural burgués. La propuesta de la derecha unida entraba de lleno en la inflación ideológica de los sesenta, con las características de ésta, su rigidez y su temor a la contaminación vía diálogo con el "otro".

Esta nueva ideología suponía a su vez la conformación de nuevas pautas de lealtad al interior de la subcultura, producto de la incorporación de nuevos actores sociales a ella, no sólo paradigmáticos (mujeres y jóvenes), sino reales, la clase media urbana y la popular de origen rural y de reciente incorporación a las pautas sociales urbanas. Los cuales presionaban por la representación de sus intereses o al menos su salvaguarda en el orden social, como sinónimo de estabilidad en los mecanismos de incorporación y de ascenso social.

Ahora bien, esta situación, la incorporación de nuevos actores, suponía la incorporación de sus demandas al programa del partido y no una simple apelación a éstos, ¿esto lo sabían los nuevos dirigentes políticos del Partido Nacional y, además, estaban dispuestos a incorporarlos?

Pareciera ser que no, ya que su presidente Víctor García Garzena no planteaba una ampliación en los requisitos para ser elector, clave para ser incorporados al sistema político, al menos formalmente, para García Garzena, ya que:

No debe dársele voto a los analfabetos ni a los mayores de 18 años y menores de 21 años. No debe privarse al que no sabe leer y escribir del incentivo de ser ciudadano elector, para que aprenda mediante su esfuerzo. Además, es fácil que un gobierno influya sobre los analfabetos. En cuanto a los menores de 21 años, ellos son incapaces jurídicamente de disponer de sus bienes. Si no pueden administrar su patrimonio, no veo razón para que puedan, a través del voto, administrar los bienes de los demás²³.

²³*El Mercurio*, 28 de mayo de 1966, p 7.

Así, su planteamiento, que suponía entrar de lleno a la competencia en los años sesenta por el electorado, en la práctica buscaba una rigidización a la entrada de los potenciales electores, sus jóvenes. Y por lo tanto, sólo buscaba la recuperación de su antiguo electorado perdido en las elecciones de 1964 y la de 1965 y no una ampliación de éste, lo cual hubiera supuesto una propuesta más agresiva. Al contrario, se plantea la rigidización de la entrada al mercado ciudadano.

Esta restricción nos plantea el fuerte arraigo, al interior de la subcultura política, de la idea que la ampliación del electorado desde los años cuarenta en adelante favorecía a otras fuerzas políticas y no a la derecha, lo cual hasta el día de hoy está fuertemente incorporado en las causas de la crisis del sistema democrático en Chile²⁴.

Con todo, lo que queda claro es que por sobre el desencanto o encantamiento de la derecha en la década de los sesenta, estaba desinformada de las demandas reales de los actores sociales a los cuales aspiraba representar para alcanzar una mayoría electoral, y que los nuevos elementos que se integraban al trabajo partidista provenían de la subcultura y no como consecuencia del trasvasije de las otras subculturas gracias al desencanto que producían.

Así, el aumento del electorado que votó por ellos en las elecciones de 1969 fue interpretado como el desencantamiento de los electores freístas del '64 y '65, situación que reforzaba su discurso decadentista y no como producto de la vuelta a su votación habitual, después del desorden que produce la aparición de un líder carismático, como ya había sucedido anteriormente con Alessandri Rodríguez e Ibáñez del Campo, al interior del electorado de la derecha.

Con lo cual, lo que sucedió fue que se acentuaron las lealtades al interior de la subcultura, producto de la lectura común que se hacía de decadencia, que no era más que la pérdida del poder y prestigio social de los integrantes de ésta. No obstante, la resultante discursiva-estratégica no fue una ideología tradicional —una mixtura de conceptos liberales y conservadores— sino que una mixtura en la cual sobresalían los nuevos elementos nacionalistas de la interpretación de la historia, el "Estado portaliano" y principalmente el "espíritu nacional" como sinónimo de "unidad nacional" con el fin de reconstruir la "identidad nacional".

Las nuevas lealtades no son más que la demostración de los cambios sociales al interior de la alianza entre empresarios y políticos, con un aumento de la hegemonía de los primeros que se traduce en la vitalidad que adquiere el concepto de propiedad privada. La pérdida del poder de los dirigentes tradicionales por la incorporación de nuevas generaciones, ya no socializadas a través de los tradicionales clubes liberales y conservadores, sino por escuelas de economía de las universidades tradicionales, la editorial y la página económica de *El Mercurio* y la influencia creciente de los prohombres del independentismo, supuso un quiebre en la socialización política, lo cual a la larga acentuó aún más la desconfianza en los partidos políticos en la derecha, como forma de representación política y de disciplina electoral.

En resumen, si existió una nueva alianza sociopolítica, ésta se manifestó con posterioridad a la fundación del Partido Nacional y no durante los años críticos (1964-1966), pero sí dio cuenta de las nuevas tendencias al interior de la subcultura, una ampliación del mundo de educación fiscal, un aumento del número de egresados de colegios particulares no católicos, de origen extranjero, un aumento del número de profesionales del sistema universitario estatal y en paralelo a esto, el aumento de abogados que obtienen sus rentas a partir del ejercicio libre de su profesión.

Todo esto nos indica que estamos en presencia de la adscripción de nuevos sectores subculturales a la subcultura de la derecha, dejando su tradicional estilo y ampliando sus formas de sociabilidad hacia

²⁴Guzmán, Jaime, "El camino político", en: *El Mercurio*, 26 de diciembre de 1981, C. 4-5.

otros actores, tal como lo demuestran los representantes del nuevo partido, la mixtura de lo tradicional y de lo nuevo, los abogados de la Universidad de Chile, son educados en colegios fiscales o particulares de origen extranjero, son también miembros del club social por excelencia, el Club de la Unión.

Todo ese cúmulo de datos nos indica una estrecha relación social de los miembros de la directiva del partido, reforzado por el promedio de edad de éstos, 46 años. Es decir, vivieron el período de la evolución temprana del país, los años treinta en su niñez, con el crecimiento del mundo urbano - industrial, e iniciaron su vida adulta en los años cuarenta con el Frente Popular,

Los primeros años del siglo sólo los conocieron por vía oral, de actores que vivieron los acontecimientos de los años '25 y '29 respectivamente y, por lo tanto, reprodujeron lo que otros habían vivido pero sin la carga emocional de éstos, lo cual nos indica la fuerte presencia del entorno social privado en la formación política, ya sea de la familia como del colegio y de clubes y en un lejano tercer lugar las formas de sociabilidad política moderna: la universidad y los medios de comunicación.

Esta aparente paradoja entre el quiebre de la sociabilidad política tradicional y la incorporación de los nuevos actores, se debe a que la directiva del Partido Nacional, en su fundación, intentó reunir a los personajes más representativos de los partidos tradicionales y de los nuevos allegados, pero que tenían lazos en común por la urgencia de los desafíos. Esto es distinto cuando asume Sergio Jarpa la presidencia del partido, ya que con él ingresan los márgenes, tanto independientes como nacionalistas a copar los espacios directivos, es decir la transición generacional se hizo visible con posterioridad a la fundación del partido en 1966 y, por ende, de la aparición de las nuevas ideas políticas y su correlato, las estrategias, ya que lo urgente era la Reforma Agraria y lo importante, la elección del '70,

Estos puntos se reflejan con nitidez en el programa presidencial del '69, donde hay una proyección de las tareas urgentes en función de algo mayor, la "unidad nacional". Esto lo dejará bastante claro el editorialista del diario *El Mercurio* en concordancia con el presidente del Partido Nacional.

El Partido Nacional se organiza como una gran alianza democrática para preservar nuestro régimen republicano, nuestra libertad y el respeto a la dignidad de los ciudadanos.

Queremos tener la posibilidad de elegir, fiscalizar y criticar sin estar presionados por la falsa disyuntiva de escoger entre comunismo o democracia cristiana. Toda elección hecha bajo amenaza o temor, deja de ser elección²⁵.

Con todo, la permanencia de los cuadros dirigenciales de la derecha tradicional en la directiva del nuevo partido es mayoritaria y la incorporación de los nuevos elementos sociales no supuso un asalto inmediato al poder por parte de éstos, los cuales eran minoría. Estos últimos toman las riendas del partido con posterioridad a 1968, como respuesta a la elección del año anterior, la cual dio como resultado la recuperación de los porcentajes de votación de la derecha, lo que fue aprovechado por los nuevos actores como una forma de reafirmar y de legitimizar su discurso excluyente, y por ende desechando la posibilidad de dialogar y realizar acuerdos en función de mantener el tinglado de la cultura política del país ya que lo que estaba en juego era su propia sobrevivencia como estamento.

²⁵*El Mercurio*, editorial, 15 de mayo de 1966, p 3.

BIBLIOGRAFIA

- Flisfisch, Angel, "Modelos de recepción de identidades políticas", *Materiales de Discusión* N° 31, FLACSO-Chile, 1982.
- Grinberg, León, *Identidad y cambio*, Ed. Paidós, Barcelona, 1980.
- Guzmán, Jaime, "El camino político", en: *El Mercurio*, 26 de diciembre de 1981, Stgo., C4-5.
- Jarpa, Sergio, *Creo en Chile*, Sociedad Impresora Chile, Stgo., 1973.
- Ossa, Juan Luis, *Nacionalismo hoy*, Instituto de Estudios Generales, agosto, Stgo., 1972.
- Partido Nacional, *La nueva república*, Imprenta Planet, Stgo., 1970.
- *Chile: Desafío y respuesta*, Partido Nacional, enero, Stgo., 1972.
- Piaget, Jean, *Epistemología de la identidad*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1971.
- Sill, David, "Identidad", en: *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, Volumen N° 6, De Aguilar, Madrid, 1975, pp 150-154.
- Soto, Angel, "El Mercurio y la difusión del pensamiento político y económico liberal (1955-1970)". Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Stgo., 1993.

DIARIO

- *Mercurio, El*: 1965, febrero-abril; 1966, febrero-mayo.